



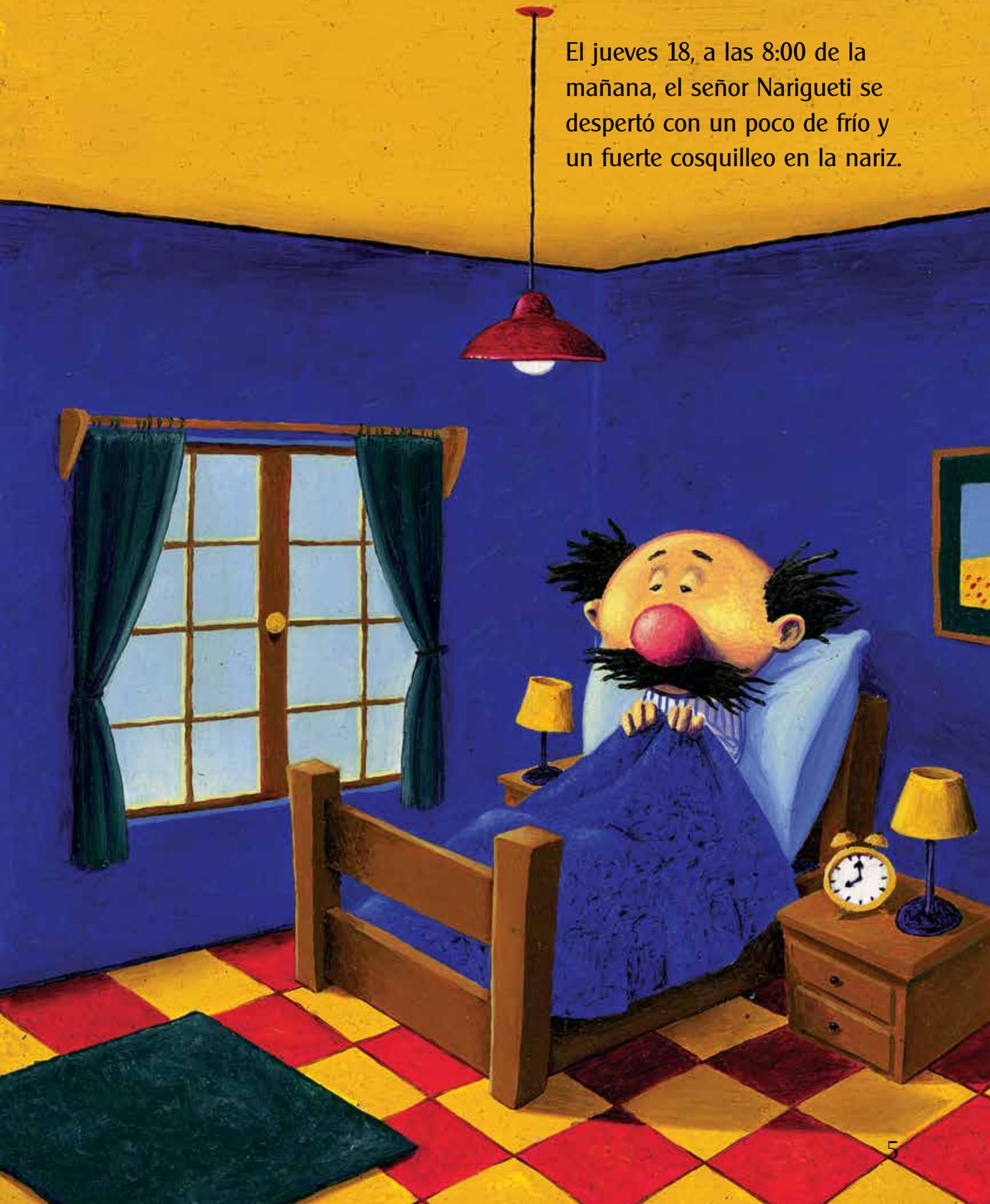
Un resfrío como hay pocos



Magdalena Helguera
Ilustraciones de **Alfredo Soderguit**



El jueves 18, a las 8:00 de la mañana, el señor Narigueti se despertó con un poco de frío y un fuerte cosquilleo en la nariz.





-Creo que me he resfriado -pensó-. ¡Qué lástima!
Anoche tendría que haber puesto otra frazaa... aa...
aaa... ichuuuááá!

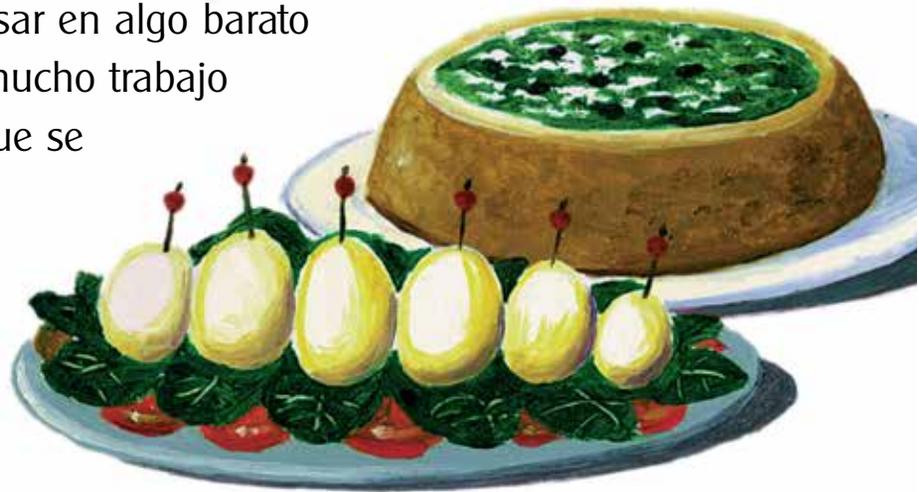
Justo en el momento en que el terrible estornudo hacía estremecer la cama como un flan sin dulce de leche, a los pies del señor Narigueti cayó una preciosa frazada de lana.

¡Qué contenta quedó su señora! Se puso a cantar un bolero mientras calentaba el café y pasaba el plumero.

Al rato dejó de cantar para preguntarle a su marido qué quería para el almuerzo.

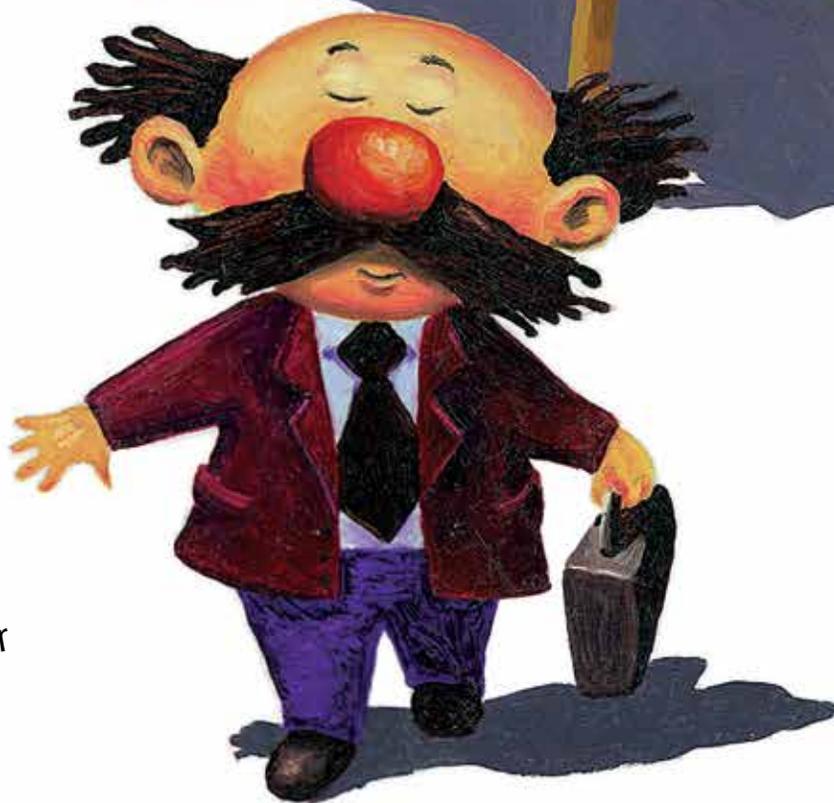


El señor Nariguete quiso pensar en algo barato y sencillito, que no le diera mucho trabajo a su esposa. Pero por más que se esforzaba por desear fideos con manteca y queso, o arroz con lechuga y huevo duro, solo se le ocurrían cosas requetecompladísimas y superextracarísimas, como pingüino relleno con orquídeas, budín de violetas enanas o huevos de ornitorrinco a la montañesa.



Y en eso, cuando más concentrado estaba imaginando manjares, iacachús, cataplum, pim, pam, pum!: otro soberbio estornudo desequilibró la mesa y la llenó de exquisitos platos exóticos.





Resuelta la comida, el señor Nariguetei se despidió de su esposa (que festejaba bailando la conga por el comedor) y se fue a trabajar llevándose una docena de pañuelos limpios.

Lo primero que hizo al llegar a la oficina fue contarle a todo el mundo lo que ocurría con sus estornudos.

¡Nunca lo hubiera hecho!

Sus compañeros lo rodearon de inmediato.

